

LIBERTAD. UNA REFLEXIÓN SOBRE LA EXPERIENCIA HISTÓRICA, LA DECISIÓN ÉTICA Y LAS LEYES DE LA SOCIOLOGÍA

Francisco Rodríguez Valls. Universidad de Sevilla

Resumen: Este trabajo trata de tres elementos que están fuertemente conectados con la libertad. En primer lugar, la historia y la posibilidad de encontrar leyes en ella. En segundo lugar, la ética y la capacidad de tomar decisiones en el presente. En tercer lugar, la sociología y la posibilidad de hacer predicciones sobre el futuro. Reconociendo la finitud humana, se apela por introducir la libertad como elemento necesario para entender la experiencia propia de las ciencias sociales.

Abstract: This paper deals with three elements tightly connected with freedom. Firstly, history and about possibilities of finding laws on it. Secondly, ethics and human possibilities of making choices in a present moment. Thirdly, sociology and human possibilities of making predictions about future. Finding human finitude it is claimed for introducing freedom as a necessary element to understand proper experience of social sciences.

En el ámbito de las relaciones entre libertad y determinismo quedan todavía muchas cosas por decir. Lo que pretendo en estas páginas es indicar algunos aspectos que pretendo desarrollar durante los próximos años y que se pueden resumir en considerar si el concepto de experiencia que se concibe como tópico para las ciencias de la naturaleza y que es uno de los causantes de algunas corrientes deterministas en el ámbito de las ciencias humanas puede sin más ser aplicado al ámbito de los fenómenos humanos. Ciertamente puede hacerse el intento de que sea así y de hecho se ha sostenido, pero creo que con resultados poco satisfactorios. Se ha entendido especulativamente la historia como desarrollo necesario del espíritu, la libertad como ignorancia de las causas y se ha planteado el ideal de la sociología como la adquisición de las leyes necesarias del comportamiento humano con las que podríamos determinar el futuro colectivo. Creo que esas visiones, si de por sí son interesantes, reducen sin embargo el ámbito de la realidad humana y de su experiencia al mismo rasero del darse de lo inerte y que podemos apropiárnoslo matemática y deterministamente a través de su medición y cuantificación. ¿Por qué se pueden determinar con precisión las órbitas de los planetas y no se puede hacer lo mismo con la acción humana? Mi respuesta, lo adelanto, es que en el ámbito de la experiencia humana existe una mayor riqueza de posibilidades que no existe en el ámbito natural. Existe ciertamente una determinación de posibilidades, pero esta es la tarea que generalmente la filosofía ha asignado a la voluntad, de tal forma que determinación de posibilidades es autodeterminación resultante de una indeterminación biológica, psicológica y comportamental. Para ese campo de experiencias no es válido el ideal regulativo de una ciencia necesaria que al final descubrirá la totalidad de las causas de las acciones producidas por lo humano. Es más, sólo pensarlo nos introduce en un

campo tan poco abarcable que una ciencia tal sería inoperante y, en consecuencia, habría que desecharla no sólo por razones ontológicas sino también de procedimiento. Paso ahora a concretar esa reflexión en la consideración de tres objetos de experiencia humana que pretenden recorrer la línea del tiempo: la experiencia del pasado en la vertiente de la experiencia histórica, la decisión por la que el hombre se determina en el presente y que configura la ética y la pretensión de abarcar el futuro humano a través de una omnicomprensión de sus leyes tal y como creo que está de fondo en los planteamientos de una sociología mecanicista.

1.- La experiencia de la historia y las leyes de la historia.

Tenemos tal caudal de datos históricos acumulados que existe una fuerte tentación de encontrar un sentido unitario y necesario a la historia humana: sabiendo los datos que determinaron la historia y contando con un largo plazo de tiempo podemos encontrar tendencias que nos pueden hablar del desarrollo del espíritu humano en la historia. En ese sentido los filósofos idealistas y los propios historiadores han pretendido encontrar un conjunto de leyes con las que incluso podríamos predecir el futuro de la humanidad. Realmente esa es una buena piedra de toque del conocimiento de la tendencia histórica: ser capaces de predecir acontecimientos. Lo mismo pasa en las ciencias de la naturaleza: las predicciones acertadas se pueden considerar como una confirmación de la teoría. Ahora bien, dentro de la propia corriente histórica ha habido conciencia de que el método que las ciencias del espíritu debían seguir tenía que diferenciarse del método empleado por las ciencias de las naturalezas. La famosa distinción entre *comprender* (*verstehen*) y *explicar* (*erklären*) se dirige en esa dirección. Incluso desde puntos de vista positivistas en la historia se ha establecido que todos los datos que poseemos son tan ciertamente inabarcables por un espíritu finito que lo más que puede hacer la inteligencia humana es seleccionar los datos que considera relevantes para con ellos realizar una reconstrucción siempre parcial del pasado que, en consecuencia, debe estar siempre en constante revisión. En este sentido las aportaciones de Dilthey, que hicieron caer a la historia en el relativismo y tuvieron su influencia en las corrientes de la antropología socio-cultural en el siglo XX y la formulación de la noción del *relativismo cultural*, y de la hermenéutica posterior son importantes puesto que han establecido cómo la tensión que se establece entre pasado y presente no está nunca libre de prejuicios sino que está imbuida de tradición y que, en consecuencia, por su propia definición, no puede ser nunca asépticamente objetiva. Esto quiere decir, para simplificar, que la historia siempre se está rompiendo a sí misma, que pretendiendo obtener un conocimiento lo más objetivo posible las interpretaciones no consiguen más que formar parte de una nueva visión histórica que será estudiada como pasada en las siguientes generaciones. No hay más certeza que el hecho de la finitud humana hará que toda novedad, por muy radical que sea, sea incorporada como pasado nada más trasponer el límite de su tiempo. El final de toda revolución es acabar convertida en tradición que hay que superar.

Es en este punto donde me gustaría centrarme: historia es lo que rompe la tradición, historia es novedad, historia es lo que rompe la normalidad histórica. Por eso una buena piedra de toque no consiste en reinterpretar el pasado confor-

me a una ideología que lo reconstruya, lo que sinceramente se puede hacer de tantas maneras que puede resultar hasta fácil, sino si podemos dar el salto y hablar de un sentido a priori de la historia, de una teleología inmanente que tendería convertir a la especie humana y al mundo donde ella vive en algo que podríamos determinar previamente si tuviéramos el suficiente número de datos y unos criterios objetivos de selección con los que pudiéramos interpretarlos. Mi idea es que ciertamente, debido al conocimiento que vamos teniendo del hombre y de las estructuras sociales, podemos encontrar unas ciertas tendencias generales en algunos momentos del tiempo. Por ejemplo, se podría afirmar que una vez dada la integración del individuo humano dentro de estructuras sociales complejas se da una lucha dialéctica entre libertad y autoridad que nos puede servir de clave interpretativa para entender ciertos fenómenos sociales. Utilizar la clave de la emancipación ha sido hecho por filosofías muy poderosas, pero la verdad es que es una clave que de momento no podemos ampliar a la totalidad del planeta ni mucho menos podemos saber quien saldrá triunfante: si el poder o el deseo de libertad de algunos hombres. Quizás podría servirnos para entender algunos acontecimientos de la historia de Occidente que hoy en día pretendemos globalizar, pero me parece que sería pretencioso hacerlo como si hubiéramos encontrado la clave definitiva con la que interpretar los acontecimientos humanos. Cuando los hombres han creído comprenderse y han establecido mundos en los que se encontraban bien a gusto, la crisis los ha destruido y los ha hecho tener que adaptarse a situaciones antes inesperadas como descubrimientos de nuevos mundos, técnicas que cambiaron la vida o nacimiento de instituciones que hicieron entrar en crisis lo anterior.

Lo que vengo a sostener es que es muy lícito, por muy humano, comprender el pasado con respecto al presente, hay que interpretar el pasado para poder comprender el presente en el sentido de que el pasado nos ayuda a evitar errores y conductas que tuvieron éxito en otras ocasiones y que se nos plantean como ejemplo que quizás podamos seguir. Pero hacer de la historia una ciencia exacta no es posible más allá de fijar un conjunto de generalidades que nunca lograrán, si las consideramos independientemente de las voluntades de los sujetos, explicar los sucesos que en ella han acontecido. En muchas ocasiones los individuos han intentado ser razonables, en otras no; decidimos conforme a lo que sabemos y lo que sabemos suele ser bastante bien poco como para influir conscientemente sobre generaciones posteriores. A veces hay conciencia de esa influencia: César la tenía al cruzar el Rubicón; a veces no, como nunca fue Colón consciente del verdadero alcance de sus descubrimientos. En el universo humano hay tantas variables que es imposible determinar a priori la historia por mucho que queramos abarcar. Lo único seguro es el conjunto de tradiciones de las que partimos, sobre ellas se construye y sobre ellas quieren influir ideologías viejas y nuevas: ¿alguien puede ser capaz de hacer de profeta? ¿Puede ser la historia algo más que una reconstrucción racional del pasado que necesariamente deja muchos cabos sueltos y tiende a simplificaciones que violentan los mismos acontecimientos?

La interpretación mas razonable es una interpretación indeterminista de la historia en la que acontecimientos sin número van influyendo sobre voluntades

tan variopintas que difícilmente pueden ser sometidas a reglas. Desde esa posición el azar tiene que ver mucho más con la historia que la férrea necesidad. No hay teleología inmanente sino innumerables fuerzas que a veces se suman y a veces chocan. Realmente es muy difícil entender algo del mundo humano, y no es un buen camino suponer que los hombres actúan del mismo modo frente a los mismos estímulos. Esa situación ha sido bien vista por los teóricos de la naturaleza humana desde antiguo. Los fenómenos físicos son también innumerables, pero podemos situarnos en una situación ideal en el que sometidos al mismo conjunto de variables se comportan de la misma manera. Es posible determinar ese conjunto de variables para observar regularidades en los comportamientos de los fenómenos físicos. Hacer eso en el caso de los fenómenos humanos es muy difícil. Es muy complejo poner a multitud de individuos ante los mismos fenómenos y esperar que se comporten de la misma manera. La pluralidad de culturas responde precisamente a un conjunto de posibles respuestas de los humanos ante los mismos estímulos. Cada vez que se responde de una manera diferente se crean mundos diferentes que van estableciendo a su vez respuestas cada vez más distintas. Mas que de *mundo* humano creo que podríamos hablar de *mundos* humanos. No sé si podríamos decir eso del resto de la naturaleza. Ciertamente el ser humano como cuerpo que es obedece a las leyes de la física y si golpea transforma la materia de acuerdo con las leyes de la materia que regulan las fuerzas y presiones. La cuestión es si el acto de golpear puede ser determinado con la suficiente amplitud como para decir que se sigue necesariamente de una situación tal y como podemos afirmar que un cuerpo siempre es atraído en la presencia de la gravedad.

Cabría apelar a una posibilidad a la que han atendido algunos filósofos deterministas y es a considerar el universo como objeto de una razón infinita existente o posible: si existiera una razón que pudiera conocer en acto todos y cada uno de los acontecimientos humanos y la naturaleza de todos y de cada uno de los hombres, de hay se seguiría la necesidad en el mundo humano tal y como se da en el físico. Mi aportación es que si eso fuera así sólo podría ocurrir al final de la historia, cuando todo hubiera pasado, ya que la naturaleza de los humanos no es algo que nazca de una vez para siempre sino que siempre va cambiando como cambian las tradiciones y se cambia el presente en pasado. El conocimiento infinito en lo humano sólo es posible al final de la historia: el individuo no contiene en sí la totalidad de sus acciones. Y para entonces ya no necesitaremos entendernos a no ser que compartamos alguna idea de un juicio final en el que se realizará la justicia universal. Pero ese acontecimiento está ya fuera de la historia y no le compete a la historia. La escatología ocurre una vez que los tiempos han transcurrido. Mi idea es que la hipótesis de un entendimiento infinito es una mala hipótesis mientras intentemos comprender este mundo con nuestras finitas razones. Desde la razón finita no hay leyes necesarias de lo humano y, por lo tanto, es teóricamente más conveniente introducir el fenómeno de la libertad que prescindir de él.

2.- La decisión ética o cómo actuar en el presente.

Ciertamente el pasado remite al presente porque en algún momento todo

pasado se desarrolló en él. Lo importante es si podemos determinar que toda acción presente no es más que desarrollo de una esencia ya originalmente clausurada o si realmente existe una indeterminación en el sujeto humano que hace que pueda realizar un conjunto variado de posibilidades y la voluntad se dirija a cumplir en un momento determinado del tiempo una de esas posibilidades. En este sentido aparece el dato de la conciencia subjetiva de que el ser humano considera que se autodetermina. A este dato se le han opuesto, como elementos de contraargumentación ciertamente emparentados con la duda cartesiana, dos ideas: 1.- La crítica contra la experiencia ingenua: también el Sol parece moverse y así lo refleja el lenguaje y sin embargo la ciencia demuestra que no es así; 2.- El descubrimiento del inconsciente y de las fuerzas que manipulan el yo: hay elementos que el sujeto no domina y que le obligan a actuar de una forma u otra sin que sea consciente de ello. He dicho que ambas cuestiones son herederas del método cartesiano porque éste introduce el matiz de que si algo alguna vez nos engañó debemos suponer que lo hace siempre. Y esa afirmación, desde un punto de vista cabal, es un despropósito: ni la experiencia humana es siempre ingenua ni hay datos de que el ser humano esté siempre dominado en sus acciones por fuerzas incontrolables procedentes de las represiones del instinto en su infancia ni por la dominación de las estructuras del super-yo. De lo que hay más bien conciencia es que el ser humano aplica la crítica a la experiencia ingenua y por ello es capaz de superarla –de otra forma no habríamos logrado romper su cerco– y de que el ser humano está constantemente haciendo ajustes para reconciliar las pulsiones del instinto y las exigencias del super-yo y que, aunque en muchas ocasiones pueda caer en neurosis por no haber logrado esa reconciliación, sin embargo en otras lo consigue o, al menos, puede aspirar a una terapia que lo ponga en situación de conseguirlo.

Desde un punto de vista psicológico y comportamental, e independientemente de creencias subjetivas que hay que valorar en sus justos términos sin despreciarlas, lo que tendríamos que determinar es si la conducta humana posee en sí y desde su propio nacimiento los mecanismos necesarios para responder de forma adecuada a todo estímulo que se le plantee. Lo que me gustaría discutir es si estamos en lo cierto al suponer que el ser humano carece ciertamente de esas respuestas y por lo tanto necesita tanto del aprendizaje como del ingenio para poder salir adelante y culminar con éxito su existencia. Se podría plantear diciendo que el hombre carece de una gran cantidad de instintos ya que al instinto se le define precisamente por ser una respuesta automática y genéticamente programada frente a determinados estímulos. Es una constancia biológica que los instintos dominan buena parte de la conducta animal: hay muchos animales que sin serles procurados cuidados por parte de otros animales de su misma especie, sin embargo, saben exactamente qué hacer para salir adelante. Eso no se puede decir del ser humano. Sin poder someter a crítica por cuestiones de tiempo la cuestión, pero poniéndola sobre la mesa para discutir sobre ello posteriormente, creo que hay bases para mostrar que el conjunto de respuestas genéticamente programadas en el ser humano es escaso y que, en consecuencia, la uniformidad de las respuestas humanas no es un dato empírico sino que está más bien rechazado por la pluralidad de formas de comportamiento dentro de una misma cultura en el presente y a lo largo del tiempo y por las formas de actuar entre culturas

distintas. Lo que nos enseñan las ciencias del comportamiento es que el ser humano actúa conforme lo que considera más conveniente para él o para otros y que el criterio de por qué considera eso conveniente no puede ser determinado a priori. Diciéndolo con otros términos que formuló Uexküll por vez primera: 1.- no se puede determinar a priori qué puede resultar estimulante a un ser humano y, en consecuencia, es difícilmente imaginable que exista ya una respuesta programada teniendo en cuenta tanta posibilidad; 2.- aunque algo resulte estimulante al ser humano y se encuentre en condiciones físicas y psíquicas de realizarlo sin embargo puede resultar que no lo haga: en ocasiones y rodeado de alimentos el ser humano puede preferir morir de hambre por valores tan distintos, y que no a todos afectan por igual, como pueden ser la estética o la libertad de un pueblo; 3.- aunque al ser humano algo le resulte estimulante no posee recursos instintivos para satisfacer inmediatamente esa necesidad surgida: necesita del aprendizaje no sólo para rentabilizar su acción sino también para realizarla. Es verdad que el aprendizaje es una fuente dadora de recursos para la acción muy importante, posiblemente más que el ingenio. En ese sentido comparto la tesis difusionista de que el hombre tiende a importar más que a crear. Pero esa idea no elimina el hecho de que en algún lugar algo surge por vez primera como consecuencia de aplicar libremente la razón ante una tradición dada, ante un problema nuevo o viejo que la tradición no ha resuelto satisfactoriamente o no ha resuelto en absoluto. La reivindicación de la necesidad de autonomía de la razón es, además, una constante en Occidente desde la Ilustración: el estado utópico es aquel en el que los ciudadanos logren utilizar libremente su razón y se atrevan a usarla librándose de los prejuicios encarnados en la tradición. Someter a crítica es la consigna en la que está fundándose además el sistema educativo presente. Y creo que no está mal que así sea aunque ahora tengamos el problema de que los estudiantes están criticando unas tradiciones que no conocen lo suficiente como para hacerlo y acaban haciendo algo peor que dejarse llevar por prejuicios: dejarse llevar por la arbitrariedad más irresponsable. Hoy en día tenemos un exceso de ingenio cuyo mayor defecto es no tener en cuenta la tradición: de un lado nos hemos trasladado al otro en un movimiento de péndulo que esta vez ha sido rapidísimo. Pero no se puede negar el derroche de imaginación y creación que estamos viviendo. Es verdad que siempre ha habido un enorme movimiento cultural, pero ahora es mayor debido al número de personas que han recibido una formación tal que les permite no sólo ser consumidores de cultura sino aportar algo a ella. Se avanza cada vez más en lo que en un sentido positivo podríamos llamar *democratización de la cultura*.

Aprender de dentro, importar de fuera, utilizar el ingenio, son tres formas de decir que algo de razón tiene la creencia subjetiva de que actuamos con libertad. Son confirmaciones objetivas del sentimiento subjetivo. Son tales las posibilidades que se abren ante el ser humano en cada nueva generación que las anteriores quedan desfasadas y se convierten en antiguas. Eso sólo le pasa al hombre porque es el único que no parte de cero. No hay carga genética que pueda asimilar todas las conductas posibles con rapidez. Precisamente por ello es más productivo utilizar en la conducta humana la idea de la libertad que la de la determinación. Eso no quiere decir que el hombre suela actuar como le dé la gana y que, en consecuencia, toda defensa de la libertad suponga una defensa de la arbi-

trariedad. Aunque no hay que descartar casos en los que esto ocurra. Pero en cada generación se abren un conjunto enorme de posibilidades que se plantean – bien es cierto que no todas a todos- a cada ser humano sin que éste tenga la respuesta ya contenida en su esencia originaria. Hay que concebir la posibilidad como tal, es decir, como que puede hacerse o no, y no como la única opción que se abre al ser humano. Partir de la contingencia es, pues, una opción perfectamente válida según los conocimientos que la antropología posee hoy sobre el ser humano. Por supuesto que en esta opción se afirma, como con la historia, la finitud de la razón humana en su acercamiento a una realidad que al ser humano se le ofrece como enormemente plural en sus manifestaciones tanto naturales como culturales. Eso enriquece la pluralidad de su respuesta y esa misma pluralidad se convierte en prueba de la libertad.

3.- La sociología y la posibilidad de predecir el futuro.

Desde el siglo XVIII las ciencias sociales se han orientado en diversas vertientes. Se han constituido, por una parte, intentando aplicar el método de las ciencias naturales a sus respectivos objetos y, por otro, han intentado desarrollar un método nuevo que estuviera más de acuerdo con las características de aquello que pretendían estudiar. Sin lugar a dudas la forma de considerarlas que más se ha impuesto es la primera, pero creo que no hay que despreciar en una pequeña proporción lo que se intentó con la segunda.

Por decirlo con brevedad, la ciencia social que pretendió fundarse en la hermenéutica quiso no tanto explicar las regularidades y las leyes universales que rigen los fenómenos humano como comprender la singularidad del individuo humano que no podía comprenderse de acuerdo a leyes generales. Cada individuo y cada sociedad es un mundo que necesita una consideración especial como la requiere una obra de arte. El ser humano tiene que ver más con la estética que con la física. Y la estética estudia singularidades, lo universal que se refleja en lo concreto, no en una generalidad común sometible a la necesidad matemática.

Por su parte, la ciencia social que se desarrolló en el siglo XIX pretendió encontrar regularidades que permitieran explicar realizaciones, quiso encontrar auténticas leyes derivadas de la cuantificación que permitieran comprender el mundo humano y la organización social. Es verdad que, como en el caso de Comte o de Marx, esas leyes eran en exceso especulativas y no cumplían con los requisitos que ellos establecían para una ciencia auténticamente social. Ahora bien, todo eso cambió con la introducción de la estadística. Con ella se reconoció que existía un amplio margen de indeterminación en las tendencias de los individuos y de las sociedades, pero se podían establecer diversas vías por las que lo humano tendría que comportarse. Cuando hoy en día hablamos de sociología precisamente la entendemos bajo esos dos términos: estadística y tendencia o, unidos, estadística que establece la tendencia. La cuestión es que todos sabemos que cuando se trata de explicar acontecimientos pasados, de hacer una interpretación a posteriori, la sociología, como la historia, nos pueden dar interpretaciones coherentes. Y también sabemos que es posible que las estadísticas puedan acertar en ciertos comportamientos. Pero sabemos también que muy fácilmente se equivocan y eso lo

sabe también cualquier sociólogo competente. El problema de la sociología es determinar las variables con las que tiene que trabajar, fijar los criterios con los que hacer las estadísticas, y eso no es nada fácil: es su auténtico caballo de batalla. Lo fácil es la manipulación de los criterios para que salga un resultado que se presenta a través de los medios de comunicación como una cuestión irrefutable y científica. El problema no es de los buenos sociólogos que saben de los problemas de su disciplina, sino de la fe en la ciencia que tienen los crédulos y de la que se aprovechan algunos manipuladores que pretenden de esa forma no determinar qué es lo que va a pasar sino influir en lo que pase.

Hay elementos importantes sobre los que se puede basar la sociología para hacer sus predicciones y sus estadísticas. Y todos tienen que ver, de una forma u otra, con la tradición en la que se enmarca la cultura a estudiar. Saber qué va a pasar tiene que ver con el conocimiento del pasado y del presente al que se enfrenta ese pasado. Tiene que ver con las formas de comprensión del mundo de una sociedad humana. De una sociedad cerrada y fuertemente tradicional se pueden esperar pocos cambios. De una sociedad cosmopolita y relativista se pueden esperar muchos ya que se van usando unos valores u otros según convengan a los problemas que se vayan presentando. En este sentido, la esperanza de algunos de convertir el mundo en una aldea global perfectamente comunicada y en la que se facilita el intercambio de mercancías y de información parece que nos augura una sociedad mestiza en un futuro no muy lejano en la que primen sobre todo los sistemas democráticos. Pero habría que ser cautos al proponer utopías. El punto de vista anterior fue el que llevó a Fukuyama a proponer su conocida tesis del fin de la historia en tanto que parece que el horizonte político y cultural que existe globalmente no va más allá de proponer la democracia liberal como modelo a seguir por todos. El problema es que ciertamente ese modelo ya no es compartido por todos, especialmente a partir de los atentados del 11 de Septiembre, ya que a algunos la democracia les parece un sistema corrupto tras el que se oculta un capitalismo atroz que promueve el consumismo y el relativismo y, en consecuencia, destruye valores que son muy importantes para ciertas culturas. Eso viene a decir que hacer una sociología mundial y unitaria es cada vez más difícil y posiblemente la sociología se haya atomizado y recogido en el análisis del comportamiento de sociedades particulares. Pero eso significa una renuncia a una comprensión global de lo humano y por lo tanto a unificar todos los fenómenos bajo unas leyes comunes. La sociología se diversifica según las tradiciones y en la medida que las tradiciones tienen aún la capacidad de socializar. A medida que la tradición se va diluyendo, como ocurre en un proceso de mestizaje y de relativización de valores, cada vez es más difícil explicar los fenómenos. La estadística vale en tanto en cuanto existe algo común a los individuos que componen las sociedades, si eso común se limita exclusivamente a un mínimo moral, que no es otra cosa que aquello que posibilita la mera y simple convivencia, la capacidad de explicar es cada vez menor. El ámbito de las posibilidades se amplía hasta el punto que sus conclusiones tienen que ser reflejadas según grupos y dejan de tener, en consecuencia, una validez pretendidamente global.

Lo anterior no supone que no se pueda ofrecer una visión de conjunto de lo humano aunque haya que diversificar los análisis según las civilizaciones que

tengamos que considerar. Pero también es verdad que hoy en día los fenómenos humanos están más globalizados que hace treinta años y, en consecuencia, podemos saber mejor cómo se comporta la humanidad como un todo. Pero el problema de la misma sociología es que las posibilidades que da la tradición y sobre las que tiene que fundamentarse para comprender los fenómenos sociales es tan cambiante y tan plural que no hay posibilidad de una determinación del futuro que encierre una desviación posible tan importante como para que, aunque la tengamos en cuenta, no tengamos a la vez que sospechar de ella. Es verdad, comparto esa idea, que la tradición condiciona fuertemente la conducta presente: el lenguaje condiciona la visión del mundo que se posee, el medio social condiciona la visión de la realidad que se tiene, las costumbres de una comunidad condicionan la repetición de esas mismas costumbres aunque sólo sea debido al qué dirán y a la aceptación que los miembros de mi comunidad hagan de mí mismo, etc. Pero también es cierto que en épocas de grandes cambios sociales las posibles respuestas que se pueden esperar de la tradición son cada vez más imprecisas y, en resumidas cuentas, tan inabarcables, que la sociología tiene que renunciar a considerarse como una ciencia natural y establecer en su método estadístico tantas variables de corrección que sus resultados sólo tienen un valor muy relativo. En resumidas cuentas, es preferible hacer una sociología que asuma su condición de disciplina que tiene que contar en su esencia con la indeterminación humana más que con otra cuyo ideal regulativo sea la comprensión necesaria de todos los acontecimientos humanos. La sociología nos puede servir para establecer algunas orientaciones posibles que encuentra a través del análisis de la tradición y de los acontecimientos del presente a los que la tradición se enfrenta, pero no puede presentarse como una disciplina ni mucho menos exacta a la que atender como si conociese todos los entresijos que regulan la acción de las sociedades.

Conclusión: ¿qué debe entenderse por experiencia?

La hermenéutica ya puso de manifiesto que el concepto de experiencia había que clarificarlo. Y ciertamente hay que apelar a que es necesario realizar esa tarea. Y dentro de ella hay que considerar los puntos comunes y aquellos que separan la experiencia de los fenómenos inertes de aquella otra bajo la que podemos englobar los fenómenos humanos tanto individuales como colectivos. Desde antiguo, Kant es un buen ejemplo, se concibió que a los primeros los regía la necesidad y a los segundos la libertad. Ciertamente no se trata de entender una libertad cien por cien libre de condiciones. De hecho el siglo XX ha puesto de manifiesto algunas que hay que tener en cuenta: el inconsciente según descubrió Freud, las influencias del medio ambiente social para la constitución de la personalidad tal y como sugirió Skinner, la influencia del prejuicio de la tradición y de la visión del mundo que proporciona el lenguaje tal y como sugirió la hermenéutica. Pero todas ellas por sí solas no son capaces ni de explicar el pasado, ni de establecer el presente, ni de predecir el futuro. Por ello hay que contar siempre con el conjunto de posibilidades que se abren a los seres humanos y a las sociedades, a una indeterminación que no hay más remedio que dejar abierta como una variable más que no va a ser posible controlar. Esa variable es tan decisiva que cambia todas las perspectivas y las formas mismas de qué es lo que vamos a entender por resultado científico o no. Esas posibilidades no van a poder ser despe-

judas en una única dirección puesto que van a depender de un factor que tiene que decidir entre ellas, tiene él mismo que autodeterminarse y elegir, pero cuyos factores de determinación no están controlados de forma externa. Las ciencias sociales no están alejadas de la determinación, como lo tampoco lo están las naturales, pero las primeras hacen intervenir un factor propio de aquello que tiene inteligencia deliberativa mientras que las segundas no pueden hacerlo porque lo inerte no la tiene. Ese factor es la determinación que de sí mismo hace el sujeto y eso es a lo que habitualmente se ha llamado con el término libertad. Eso es lo que hace que la experiencia en uno y otro campo de disciplinas sea diferente. En qué medida lo es, eso es precisamente lo que propongo para investigar en los próximos años.

Francisco Rodríguez Valls
Universidad de Sevilla
rvalls@us.es